

## EL DUELO EN LA PIEL

En este país se ha construido con saña y sin mirar atrás. Durante años, cada descampado parecía estar a punto de explotar hacia lo alto en una flamante promoción de dos dormitorios con garaje y trastero o, lo que es lo mismo, producir de golpe una apilada colección de deudas hipotecarias a 40 años. Toda una generación de clase media en expansión tuvo su propio sueño familiar de extrarradio, sostenido por la sobredimensionada construcción de obra nueva y la extensión universal de deuda financiera. Este endeudamiento masivo implicó una peculiar relación entre tiempo y territorio; cada piso quedó cargado de un futuro que vencía mes a mes, en inexorables plazos.

El proyecto que aquí presenta David Latorre explora justamente la inversión de ese vínculo entre tiempo y territorio. Su punto final es el punto de partida de cualquier promoción inmobiliaria: el descampado. Signo suficiente de cuán maltrecha quedó aquella lógica acumulación del capital desde la crisis de 2008 es que ese descampado en Huesca sigue siéndolo a día de hoy, cuatro años después de que se demoliera el acuartelamiento militar de La Merced, que ocupaba el solar, bajo la promesa de una inminente promoción de 79 viviendas. Fue este cuartel el que exploré en estado de ruina y en vísperas de su demolición. La ruina como territorio cargado de pasado, se opone a la promoción, que es el territorio cargado de futuro. Si esta alberga flamantes promesas de una vida por venir, aquella conserva los rastros de una vida que no ha de volver, es decir, dibuja un cierto contorno (o un contorno cierto) de la muerte. No debe extrañar que la cultura de la promoción inmobiliaria y la deuda surgiera justamente mientras nuestra sociedad se volvía cada vez más tanatofóbica. Al mismo tiempo que la ruina pasaba a percibirse tan solo como un estadio anterior del descampado urbanizable, el trato con la muerte se abandonó en manos de profesionales que desempeñan sus servicios en el tránsito entre el hospital comarcal y los tanatorios de las afueras. Personal sanitario, agencias funerarias y gabinetes psiquiátricos se han hecho cargo, como han podido, del agujero en que se convirtió el duelo en cuanto perdieron su vigencia las antiguas mediaciones rituales en torno a la muerte. Esto quizá ponga en perspectiva la honda relevancia para la era post-burbuja de este proyecto, que vincula la ruina y el duelo.

David Latorre se introduce en la ruina para hacer su duelo, esto es, para dolerse desde dentro de su inminente desaparición. Convertido en el último habitante del acuartelamiento -casí póstumo-, ejecuta una serie de operaciones simbólicas que acompañan ritualmente el final definitivo de la vida que allí se dio y, al mismo tiempo, lo niegan en parte. Toma moldes de látex de elementos arquitectónicos y mobiliario -azulejería, tabiques de ladrillo, contraventanas, puertas- y conserva así restos tangibles de las texturas que sintieron en su propio cuerpo quienes habitaron el lugar. El propio látex se asemeja a una especie de piel artificial que conserva las sensaciones y violencias que se le imprimen. Asimismo, recubre las superficies de la ruina -es decir, su piel- de color blanco y negro, que son justamente los colores universales del duelo. Este conjunto de operaciones sobre el cuerpo muerto del edificio antes de que desaparezca replican, claro, el ritual con un cadáver: su unción, su amortajamiento. Pues bien, la manipulación ritual de restos humanos constituye para la paleantropología una de las más antiguas evidencias del surgimiento de pensamiento simbólico. Su externalización y profesionalización es hoy uno de los síntomas más preocupantes de una sociedad basada en el consumo de bienes, espacios y experiencias, y que no desea vérselas con los desechos de cuanto consume. Conviertiendo la galería el espacio en una ruina que documenta su propio duelo, apela a los estratos muy profundos de nuestra humanidad, que laten aún bajo la piel. Quizá no sea tarde para volvernos receptivos.

Jaime Cuenca